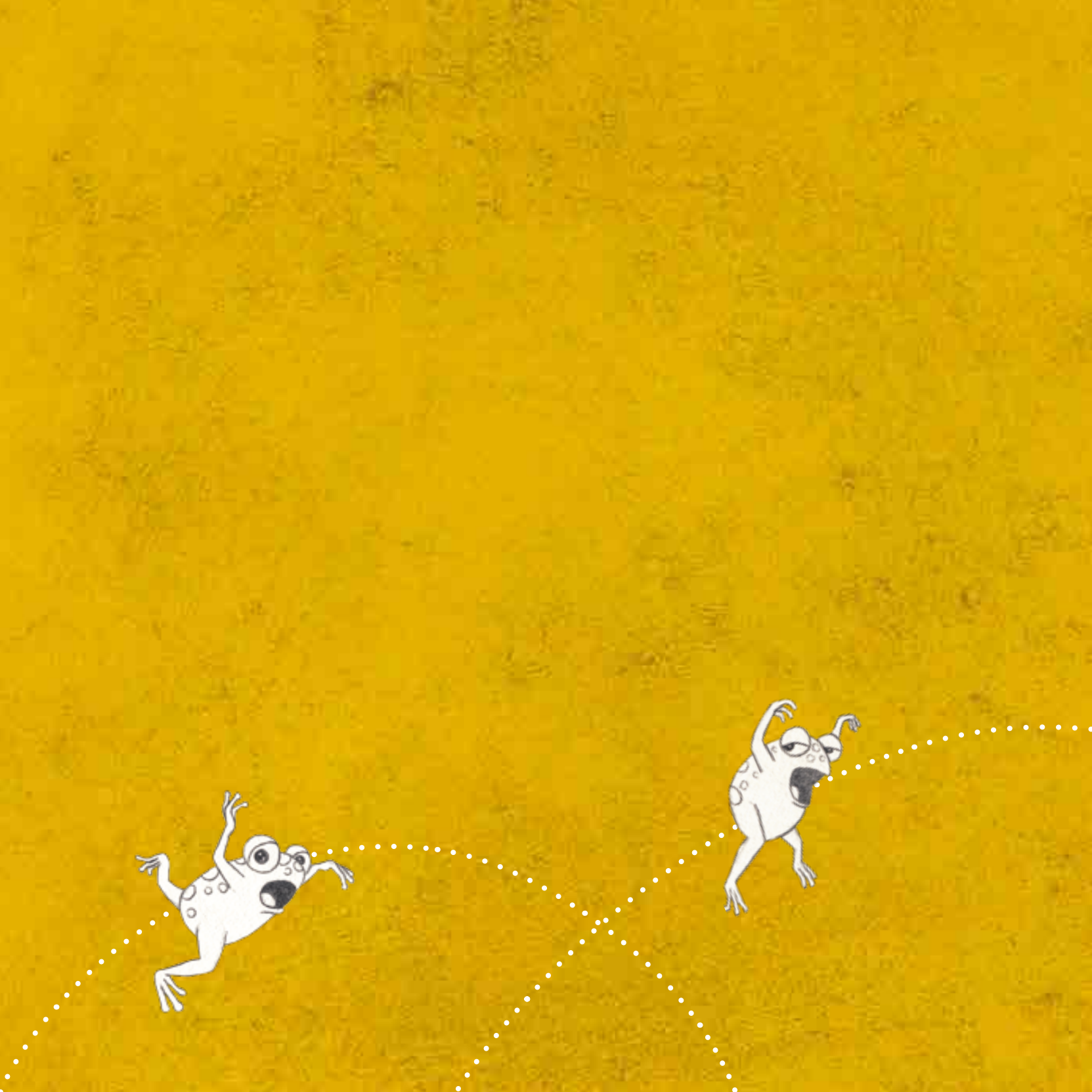
CERTAMEN INTERNACIONAL DE LITERATURA 2017
Infantil y Juvenil FOEM
MENCIÓN HONORÍFICA

Manantial de carcajadas

Alfonso Orejel Soria

Ilustraciones: Ricardo García Trejo
e Irma Bastida Herrera

CERTAMEN INTERNACIONAL DE LITERATURA 2017
Infantil y Juvenil FOEM
MENCIÓN HONORÍFICA
Manantial de carcajadas
Alfonso Orejel Soria
Ilustraciones: Ricardo García Trejo
e Irma Bastida Herrera



Manantial de carcajadas

Alfonso Orejel Soria obtuvo mención honorífica de poesía infantil en el segundo Certamen Internacional de Literatura Infantil y Juvenil FOEM, convocado por el Gobierno del Estado de México, a través del Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal, en 2017. El jurado estuvo integrado por Lizbeth Padilla, Óscar González y Andrés Acosta.

Colección Lectores Niños y Jóvenes | **Literatura infantil**

Manantial de carcajadas

Alfonso Orejel Soria

Ilustraciones: Ricardo García Trejo
e Irma Bastida Herrera

FOEM
FONDO EDITORIAL ESTADO DE MÉXICO

GOBIERNO DEL
ESTADO DE MÉXICO

Alfredo Del Mazo Maza
Gobernador Constitucional

Alejandro Fernández Campillo
Secretario de Educación

Consejo Editorial

Presidente
Sergio Alejandro Ozuna Rivero

Consejeros
Rodrigo Jarque Lira, Alejandro Fernández Campillo,
Marcela González Salas y Petricioli, Jorge Alberto Pérez Zamudio

Comité Técnico
Félix Suárez González, Marco Aurelio Chávez Maya

Secretario Ejecutivo
Roque René Santín Villavicencio

Manantial de carcajadas
© Primera edición: Secretaría de Educación del Gobierno del Estado de México, 2018

D. R. © Gobierno del Estado de México
Palacio del Poder Ejecutivo
Lerdo poniente núm. 300,
colonia Centro, C. P. 50000,
Toluca de Lerdo, Estado de México.

© Eugenio Alfonso Orejel Soria, por texto
© Jonathan Ricardo García Trejo e Irma Bastida Herrera, por ilustraciones

ISBN: 978-607-495-637-5

Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal
www.edomex.gob.mx/consejoeditorial
Número de autorización del Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal
CE: 205/01/48/18

Impreso en México / *Printed in Mexico*

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio o procedimiento,
sin la autorización previa del Gobierno del Estado de México, a través del Consejo Editorial
de la Administración Pública Estatal.

Para Diego, León, Caín y Lía,
mis monstruos de cabecera

A la escuela

Estaba a punto de caer a un foso
lleno de hambrientos cocodrilos
que me comerían trozo a trozo
y luego eructarían muy tranquilos.

Pero mi santa madre pegó un grito
y dejé atrás la pesadilla.
—¡Esos cocos tenían mucho apetito.
Por poco me convierten en papilla!

Me puse el uniforme ya sin mancha
de rico chocolate o de chamoy,
lisito porque mamá lo plancha.
Me llama y le digo: "Ahorita voy".

Y es que muchas veces yo regreso
con manchas de sangre o mucho lodo.
—Estuve en la selva y salí ileso
de un zarpazo de tigre sobre todo!

Ella me mira con ojos que echan fuego,
quisiera hacerme polvo con un rayo.
—Entonces si juegas este juego:
talla tu ropa como yo la tallo.

Me echo a la espalda la mochila
que pesa como un saco de cemento.
Al hombro se me subió un gorila
y enfilo a la escuela a paso lento.

Camino por encima de una raya
que está dibujada sobre el suelo.
Es una cuerda floja muy canalla
que cruzo temblando sobre el cielo.

Si caigo me voy al precipicio
y no queda ni polvo de mis huesos.
O seré el bolo alimenticio
de un ogro carnívoro y obeso.

La maestra también hace rezongo.
Me mira como un león a su presa.
—Parece que andas en el Congo.
Niño, ¿dónde tienes la cabeza?

La tarea

La escuela sería un sitio fabuloso
y nunca un disfrazado calabozo
si se cambiaran reglas y costumbres
para desterrar de ahí la pesadumbre.
Nadie iría con cara de condenado
a la horca o a ser buey de algún arado.
No habría de tristeza una epidemia
porque los tortura la academia.

Por ejemplo, sería un lugar muy lindo
si dieran pulpa de tamarindo,
que no dieran órdenes ni horarios
para terminar con su calvario,
que —para tenerlos muy contentos—
no sea una isla de aburrimiento,
que el profe de Deportes y Suplicio
imparta lecciones de bullicio

que haga competencias de maromas,
la tícher que explore otros idiomas:
el lenguaje verde de las ranas
o el de los tragones de bananas.
Que se triplique el tiempo de recreo
es ese su más íntimo deseo,
que se multipliquen en la escuela
los columpios donde el niño vuela,

el tobogán por donde se desliza
una niña muriéndose de risa,
el tranca palanca que ahora sube
para así tocar alguna nube.
Que se asista a la escuela por antojo
con babas o lagañas en los ojos,
Tito con sus pelos de estropajo,
el mudo haciendo un gran relajo,

otros luciendo sus piyamas
recién expulsados de sus camas,
calzando pantuflas poco rudas
de patas de avestruz medio peludas,
sin piedras dentro de sus mochilas
que de tanto cargar se ponen lilas.
Que el director sea un gran payaso
y a todos los regañe con abrazos.
Que sólo horneen en la cocina
pasteles, postres y golosinas,
nachos bañados de queso amarillo,
jotdogs sin infame pepinillo,
montañas de pizzas de champiñones:
platillos de dioses gordinflones.
Abolir por fin todos los cincos
y planear una olimpiada de brincos,
jubilar los ceros y el plumón rojo
que a los alumnos causa mucho enojo,

se impongan siestas largas en el día
para que así se reponga la energía.
Que para pasar un feliz rato
se imparta cátedra de garabatos.
Por ser una actividad muy fea
debe de prohibirse la tarea
sobre todo aquella interminable
que dejan en estado deplorable
las manos, y el cerebro derretido
como un queso al fuego sometido.
Que en los lunes por puro fastidio
nadie quiera cometer suicidio
inmóviles bajo un sol despiadado
que los derrita como a un helado.
Que en pleno homenaje de mañana
se cante sólo el himno de las ranas.

Y, como lo exigía el buen Pinocho,
que la nota más baja sea un ocho.
De repente un grito estalla y sube:
—¡Beto, te la pasas viviendo en una nube!

Pedo

La tícher con varios gises
nos explicaba su clase.
De pronto nuestras narices
olfatearon unos gases.

Con su muy fruncido ceño
levantó Panchito el dedo
declarando con empeño:
—Señorita, huele a pedo.

Cundió el pánico en el grupo
por el hedor despreciable.
Nadie sabe, nadie supo
quién había sido el culpable.

Huele a popó de marrano
y a otros olores infectos.
El emisor no es muy sano:
comió pizzas con insectos,

salchipulpos, hamburguesas
de dudosa procedencia,
nachos con grasas espesas
que producen flatulencia.

Ella hace cara de fuchi
y luego nos da un regaño:
—Si estaba podrido el sushi,
por favor vayan al baño.

Un pedo es un airecillo
que vive en el intestino.

Quiere ser libre el chiquillo
que huele mucho a tocino.

Que vuelen los pedos libres
por calles y callejuelas
pero que el pedo no vibre
de preferencia en la escuela.

Un huérfano es siempre un pedo,
un cuerpo de gas sin pulpa.
¡Si suena ruidoso o quedo
no me echen a mí la culpa!

Secretos

Soy un pollo que no dice ni pío,
un manantial de silencio,
un espía que nunca a nadie espío,
un buzón, un cofre repleto
de oscuras verdades y secretos.
Desde mi justo observatorio,
debajo de un sauce llorón
da vueltas mi cuello giratorio
rastreando valiosa información.
Mis ojos, mis cejas, mi nariz
se mueven como una lombriz:
le bufan los pies a Paco
y más le hiede el sobaco;
Luis esconde en su mochila
una muñeca de pilas;
Alicia moja la cama
y todavía un dedo se mama;

Filiberto, el gorilón
—el amo del coscorrón—,
traga de saliva un buche
sin su osito de peluche.
Lulú se come los mocos
y Pepe come otros pocos;

tiene tanta hambre Enriqueta
que se come las croquetas
de la perra Galilea
que de coraje, la mea;
oculta mi tía Maruca
debajo de su peluca
de chillante color malva
su desvergonzada calva.
El bigote se rasura
mamá con cierta premura
y tiene las piernas peludas
como las mazorcas crudas.

La leche se bebe a tragos
desde el envase Santiago.
Yo colecciono secretos
y trato de ser discreto.
A nadie tengo contento
con mi oculto noticiero.
Y esto a nadie se lo cuento
porque no soy mitotero.

Besos ensalivados

Debajo de cajas multicolores
y una sonrisa que va de oreja a oreja
vestida con sábanas de flores
llegaba a casa alzando las cejas.

Mi tía Chayo desde la frontera
soltando besos húmedos de sapo,
a quien se cruzara en su carrera
agarraba del cuello como a un trapo.

De su boca brotaba una cascada
de saliva espumosa y abundante.
Nos dejaba la cara ensalivada
y dos litros de baba de elefante.

Mamá ponía un plato de empanadas
que con lo voraz de su apetito
de tres bocados convertía en nada
mi tía y exigía otro poquito.

Azote de bollos con mantequilla.
Si los miraba se torcían sus ojos.

Temblaban buñuelos y rosquillas
huyendo asustados de su antojo.

La sangre burbujeaba como lava
al acercarse su sombra rolliza.
Podría ser sepultado por su baba
si yo no escapaba a toda prisa.

Maromas

Soy el campeón de las maromas.
Saltarín de colchón matrimonial.
Aunque mamá no quiere ni de broma
me comporte cual chango tropical.

Si halla en la cama alguna arruga
la ataca una furia demencial.
Me esfumo por el arte de la fuga
si brinco en su lecho señorial.

Pero no controlo mis impulsos.
Adentro de mí brincotea un mono.
Los amagos de mamá son tan insulsos
que si veo un colchón, no lo perdono.

De tanto saltar y echar maromas
cuatro camas he despanzurrado,
un candil, dos tazas policromas
y un jarrón chino de color dorado.

Es cierto que yo no le hago caso
y doy vueltas y vueltas por la orilla.
¡Me he dado cada costalazo
que se me han quebrado tres costillas!

Soy el azote de la porcelana,
la luz inagotable de un quinqué,
de un circo la estrella soberana
gracias a mis dotes de chimpancé.

Mamá dice: —Ya, quédate quieto
como una estatua de glorieta,
pero me pone en un aprieto:
un niño es siempre una veleta.

El fantasma de mi abuelo

Yo sí creo en los fantasmas
y en las almas vagabundas.
El Más Allá me entusiasma
con su oscuridad profunda.

Sé que soy medio miedoso
y me tiembla el esqueleto
si un difunto escandaloso
se carcajea sin respeto.

Mi abuelo se puso grave,
le dio un ataque de asma.
Murió y se marchó en la nave
al país de los fantasmas.

Él siempre mi sombra era.
Su cariño era tan fuerte
que atravesó la frontera
de la vida y de la muerte.

Estaba solo en mi cama,
sacando de mis dedos queso.
De repente alguien me llama
mientras rechinan sus huesos.

Es mi abuelo muy rollizo
con cabello de estropajo.
¡Ni la flaca quitar quiso
su panza de renacuajo!

—Oye, abuelo, qué buen susto
me pegaste. ¿No estás muerto?
Estás verde, es de mal gusto
andar con el cráneo abierto.

Aunque le salga un gusano
de un ojo y tenga un olor
a podrido gas butano
no pierde su buen humor.

Me dice con cruel cariño,
mordiéndose los nudillos:
—¿Por qué no asustamos niños
y que meen los calzoncillos?

Mi abuelo no es nada serio.
Quiere jugar otro rato.
Sabe que en el cementerio
el ruido es un insensato.

Si emerge del otro mundo
su estruendosa carcajada
respiro en paz y me hundo
sobre mi babeada almohada.

Capirotada

¿Qué mente caótica y malvada
fraguó la tal capirotada?
Si quieres a un niño dar castigo
dale lo que a tu peor enemigo:
un plato de este postre no decente
que no se tragará ni el más valiente,
ni el que come lengua de dragón
o costillas de lobo al carbón.
Es un mejunje despreciable
que nos sirven con sonrisa amable,

un potaje de bruja medieval,
cuya mente sádica y brutal
ha mejorado este veneno,
de aspecto inofensivo y bueno
compuesto de panes muy aguados

en sangre de murciélago mojados,
¡plátanos fritos en aceite
de sapo que son un gran deleite!,
puré de ratón apachurrado
con queso de rata gratinado,

ojos en pasas de serpiente
que harán chuparte hasta los dientes,
cacahuates de los intestinos
que arrojó al fin aquel cochino.
Si observas la capirotada
no querrás ni una cucharada.

Matará de un golpe tu apetito
y saldrás de ahí pegando un grito.
—¿Acaso esto es flan de cucaracha?,
preguntó, asqueada, una muchacha.
—¡No soy tan cochino, esto es inmundo!,
el cerdo exclamó medio iracundo.

¿Es un escupitajo del marrano
que no lo tragó por poco sano?
Mamá, que no tiene corazón,
me ofreció en un plato una porción
con este gran bolo alimenticio
de ogro que tiene pues por vicio
tragar esta infame cochinada
cuyo nombre es capirotada.
—¡Niño, no inventes más bobadas!,
dijo mamá y me dio una cachetada.

El globo

De la mano arrugada de mi abuela
paseaba libre y orondo aquel domingo
por el mojado adoquín de la plazuela
cuando de repente di un respingo.

Atado de un cordel un globo rojo
se paseaba aristócrata y altivo.
Se me saltaron casi los dos ojos
por tenerlo entre mis dedos cautivo.

Me quedé como una estatua, quieto
y puse mi mejor cara de bobo
para que mi abue a éste, su nieto,
rauda le comprara un rojo globo.

Lo tenía de un hilo prisionero
pero su alma de helio lo impulsaba
a buscar el cielo con esmero
anhelando romper la correa esclava.

Después de dos horas de vagancia
me hacía compañía el aburrimiento.
El aire se inundó de una fragancia
y de pronto me puse muy contento.

Era Lula, quien tanto me gustaba
sonriendo al dar la vuelta en una esquina.
Al mirarla se me salió la baba
y las piernas se hicieron gelatina.

Sentí que adentro de mis costillas
un conejo saltaba con gran prisa
y una ola misteriosa de cosquillas
me provocó un gran ataque de risa.

Me puse colorado y tartamudo
y me acerqué a ella con cobardía.
Le hablé de futbol, de un niño rudo,
de la kermés y de otras tonterías.

Ella sorbía horchata de coco
a la sombra, para vencer el calor.
En ese instante se me prendió el foco:
darle mi globo en prueba de amor.

A pesar de que la vio con dureza
su madre, ella, que era fina,
lo aceptó por mera gentileza
evitando acercarlo a las espinas.

De lejos la observé desde una banca
mirando a mi globo cual gusano.
Abrió con crueldad su mano blanca
y lo miró alejarse con desgano.

Tragué un buche de amarga saliva
viendo el globo viajando al infinito.
Se hizo un punto al perderse muy arriba:
era mi corazón huérfano y marchito.

Teresona

El columpio en el recreo
es el juego favorito
que da un vuelo de paseo
lo mismo a Caín que a Tito.

—¡O te quitas o te quito
de un caderazo asesino!,
le dijo pegando un grito
Teresona al buen Chimino.

—¡No me quito, no seas terca!
Vete a jugar con Armando.
Ve a ver qué puso la puerca.
Yo quiero seguir volando.

Teresona un caderazo
le propinó y éste vuela
convirtiéndose en pedazos
sobre el muro de la escuela.

Sólo quedó mermelada
de Chimino, el muy valiente.
Se escuchó una carcajada
desde unos torcidos dientes.

Es el terror del recreo,
cruza de ogro y de bruja,
que si te mira muy feo
hará que tu cráneo cruja.

Dicen que levanta pesas,
que come culebras crudas,
que a las tarántulas besa
porque se siente muy ruda.

Tiene sangre de gorila,
por cerebro un cacahuate.
Le tiene miedo Godzila.
Venció a un campeón de karate.

Pero cuando llega a casa
su mamá jala su oreja.
—¡Eres una calabaza!,
le grita y nunca se queja.

—¡Quítate, gordo gusano,
albóndiga de hamburguesa!,
molesto exclama su hermano
y ella agacha la cabeza.

Teresona pega un grito
mientras se soba la panza.
—¡A ver con quién me desquito!
Y así trama su venganza.

Changos

Mi mamá hizo rabieta
procurando su chancleta
y dedujo que era lógico
que me hallara en el zoológico.
Sabe que amo a los primates
tanto como a los chocolates.
Que me golpeo con los puños
y haciéndome el salvaje, gruño.
Y tengo la costumbre sana
de comer treinta bananas.
Llegué a la zona de las jaulas
y aquellas parecían aulas
—se los juro: no les miento—
había mucho aburrimiento:
gran cascada de bostezos
arrojaban los changos presos,
uno hurgaba hambriento su nariz
y dos mocos lo volvían feliz,
otro espulgaba la cabeza
buscando alguna pulga obesa.

Yo les hacía señas y muecas
y la boca casi se me enchueca
mientras un chango sin esmero
sólo se rascaba el trasero.
Yo notaba en su desgano
que le aburrían los humanos.
Luego caminó hacia la entrada
y me dirigió una mirada
donde residía un niño triste
cuya vida no tenía chiste.

Volví a casa arrastrando el paso
sintiendo el peso del fracaso:
no era justa mi felicidad
si privaban de su libertad
a changos sacados de su ambiente
para entretener a la gente.
Mi júbilo no tenía motivo
con un solo chango cautivo.

La reina de las ruinas

En una antigua y lúgubre casona
donde reina el silencio y sólo hay ruinas
—comen hambrientas las ratas panzonas
y tarántulas pueblan las esquinas—

vive una sombra con vestido oscuro
de muchos botones hasta el cuello
que lanza maldiciones y conjuros
y escupe de su boca muchos vellos.

Son de Medusa sus letales ojos:
vuelve polvo las piedras, su mirada.
Lanza latigazos a su antojo
su lengua con saliva envenenada.

Frijoles come con cresta de lama
y fósiles de huevos de gallina,
pescado acedo y frío, sin escamas,
la Dama del Ahorro: mi tía Pina.

Es manantial de gritos y de quejas,
el azote de fantasmas y chamacas.
Si se enoja sale humo por sus orejas.
Desde su corazón grazna una urraca.

Si conservar esperas tu pellejo
ojala no la encuentres enojada.
Corre y corre como un pobre conejo:
que no te petrifique su mirada.

Un melenudo león se vuelve un gato,
un luchador panzón se hace cobarde,
¡hasta el director es un triste garabato
si ella de su furia hace alarde!

Yo pensé que estaban en extinción
las brujas y su manual de daños,
pero tía Pina tendrá celebración
al cumplir por primera vez cien años.

Una niña vive dentro de mi tía
entre reglas y barrotes prisionera.
Está sola, furiosa, en agonía
porque siempre soñó con vivir fuera.

Lola

Soñaba con ir al mar
para mojarse en sus olas.
Y se ponía a colorear
su azul superficie, a solas.

Que la llevara a la playa
a su papá le pedía.
—Quizá tenga tiempo y vaya
pero ha de ser otro día.

En un cuadro había una ola
que lentamente se alzaba.
Ella musitaba: "Hola".
Y la ola se alegraba.

Los años —como las olas—
se esfumaron en la orilla.
Y jamás el mar a Lola
le humedeció sus rodillas.

Su papá se hizo viejo.
Ya era una señora, Lola.
Él se ausentó del espejo
y ella se quedó más sola.

Desde sus ojos miraba
una niña triste el mundo
que sus secretos callaba
hundida en un mar profundo.

El cuadro, por accidente,
encontró entre el equipaje.
Y una emoción, de repente,
le devolvió aquel paisaje.

Era su amiga, la ola,
que la esperaba festiva.
Volvió a ser una niña, Lola,
y pudo sentirse viva.

El fantasma desdichado

Deprimido está el fantasma
como un niño sin recreo.
Sueña con que corra plasma
en aquel viejo museo.

Se aburría como una almeja.
No estaba nada contento.
Arrastraba pues su queja
de morir de aburrimiento.

Atravesaba las puertas
cuidándose la nariz.
La casa estaba desierta
no caía ni un infeliz.

Quería ser como su abuelo:
el terror de la campiña.
¡Nadie se arrancaba un pelo!
¡No asustaba ni a una niña!

Él coleccionaba gritos
y cabellos de los niños.
Tenía fama de maldito
pues los dejaba lampiños.

Pero los niños actuales
tienen muy duro el pellejo.
Entre sus buenos modales
no está el sentirse perplejos.

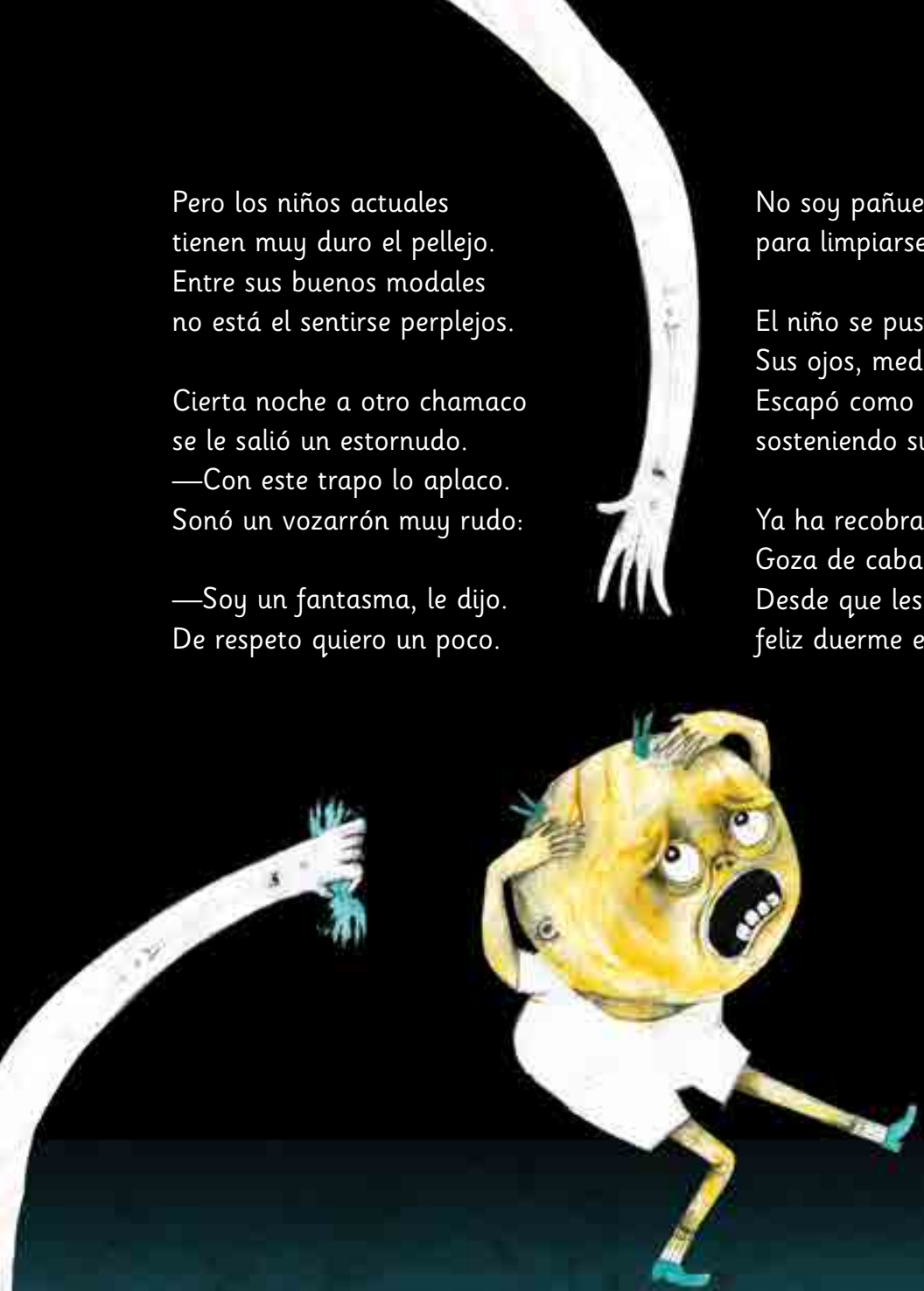
Cierta noche a otro chamaco
se le salió un estornudo.
—Con este trapo lo aplaco.
Sonó un vozarrón muy rudo:

—Soy un fantasma, le dijo.
De respeto quiero un poco.

No soy pañuelo, canijo,
para limpiarse los mocos.

El niño se puso blanco.
Sus ojos, medio saltones.
Escapó como un potranco
sosteniendo sus calzones.

Ya ha recobrado la calma.
Goza de cabal salud.
Desde que les saca el alma
feliz duerme en su ataúd.



Un menú exquisito

Si tú eres de muy fino paladar
y te gusta explorar otros sabores
te invito a que pases a degustar
al Mesón del Asco y cosas peores.

Aunque tengas muy firme la costumbre
de comer dos tortas o diez tacos
con tanto chile que hasta echas lumbre
y humo rojo como un vil chacuaco.

Primero te darán de aperitivo
galletas con hígado de ratas,
puré de sanguijuela al rojo vivo
sobre una cama suave de patatas.

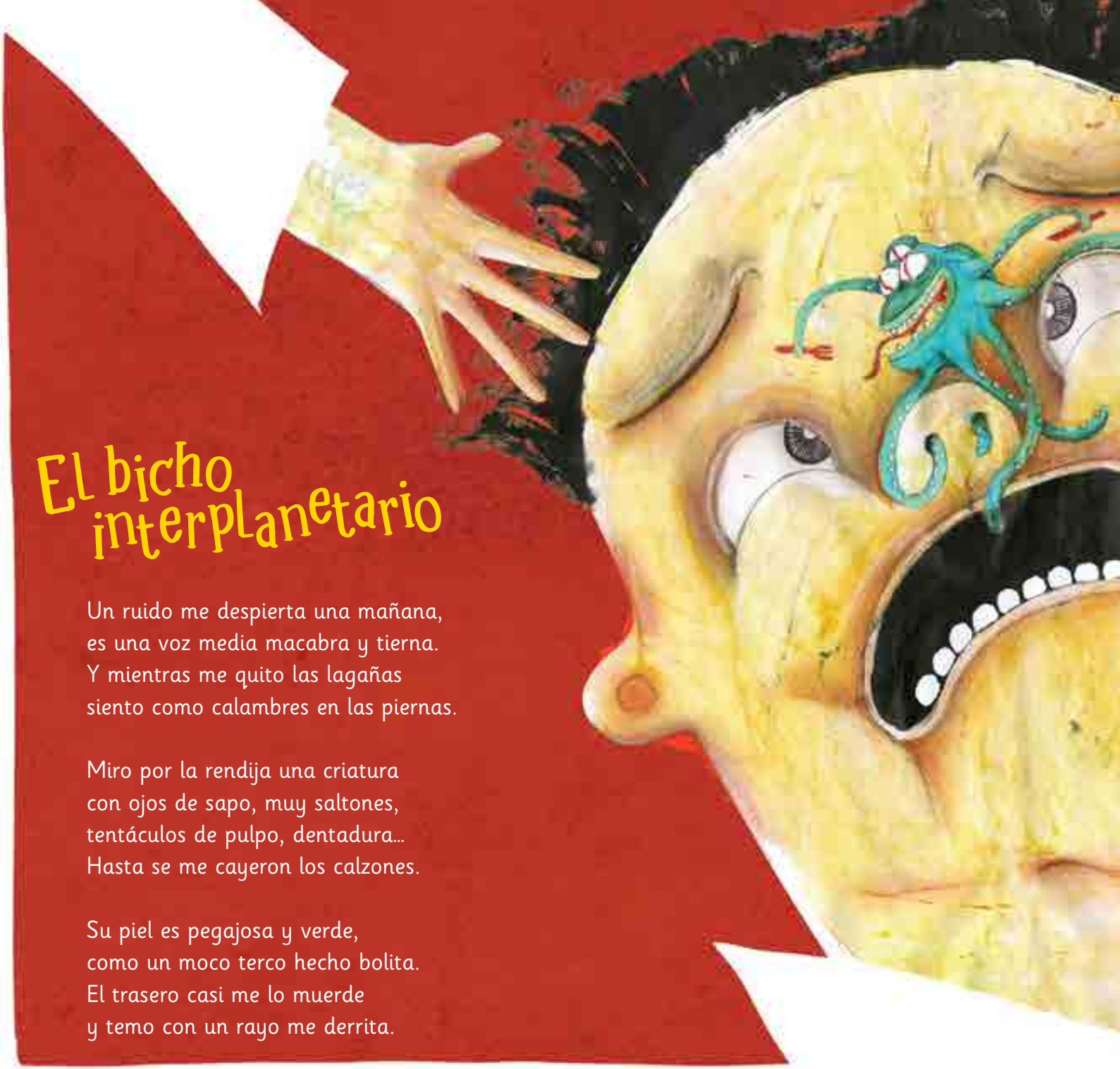
Colas bailarinas de lagartija
nadando en pura salsa de tomate.
Albóndigas de cruda sabandija
con sal de garrapata y cacahuate.

Tostadas con blanca mayonesa
de gorda cucaracha apachurrada.
Ojos de renacuajo en crema espesa
de moscas y negra mermelada.

Un caldo nutritivo de lagañas
de bruja que siempre se desvela.
Un flan de tarántulas y arañas
coronado con salsa de ciruela.

Queso rancio con borra del ombligo,
pay de pelos verdes de la nariz,
verrugas en empanadas de trigo
podrás disfrutar y ser feliz.

Si padeces un atroz apetito
y el hambre el estómago te estruja.
Toma asiento y goza el exquisito
y asqueroso menú que hace esta bruja.



El bicho interplanetario

Un ruido me despierta una mañana,
es una voz media macabra y tierna.
Y mientras me quito las lagañas
siento como calambres en las piernas.

Miro por la rendija una criatura
con ojos de sapo, muy saltones,
tentáculos de pulpo, dentadura...
Hasta se me cayeron los calzones.

Su piel es pegajosa y verde,
como un moco terco hecho bolita.
El trasero casi me lo muerde
y temo con un rayo me derrita.

Corro y corro aprisa. ¡No seas gacho.
No me comas, canijo cucaracho!

Ese monstruo venido del espacio
parece tener mucho apetito.
Prefiere masticarse muy despacio
a los niños, estén crudos o fritos.

Los baña en una salsa sideral
con piojos de Marte apachurrados,
baba de Venus y un poco de sal,
y luego se los traga de un bocado.

Yo como muchos dulces por capricho.
En comida chatarra nunca ahorro.
Mi panza es hogar de cien mil bichos.
Si me come: seguro le da chorro.

Corro y corro aprisa. ¡No seas gacho.
No me comas, canijo cucaracho!

Es cierto que no soy muy educado:
le doy karatazos a mi hermana,
su Winnie Pooh he despanzurrado
tirándome del ropero hacia su cama.

Pero ella me da muy buenos sustos
haciéndose pasar por una bruja.
Su verruga en la nariz le viene justo.
Se burla de mí la muy granuja.

Pero este cucaracho planetario
me habla con ternura repugnante.
Su gula es enorme y sin horario.
Me mira y babea bastante.

Corro y corro, aprisa. ¡No seas gacho.
No me comas, canijo cucaracho!

Encuentro en el cesto un escondrijo
entre trusas con sello y apestosos
calcetines tiesos. ¡Ay, canijo!
Me como las uñas muy nervioso.

Me agarra con fuerza del pescuezo
y aprieta como a un pollo desplumado.

Ruidosamente tiemblan ya mis huesos.
Lloro como un río desconsolado.

Llorando veo la cara de mi madre,
que es la misma cara de mi abuela:
—Aunque llores y hagas un... relajo
por fin tendrás que ir a la escuela.

Un caldo emplumado y muy verdoso

Mi mamá tiene un perico
parlanchín y muy grosero
cuyo inspirado pico
rima como jaranero.

Suele escupir sus verdades
aunque sean crudas o amargas.
No practica las maldades:
tiene la lengua muy larga.

¿Por qué dejas amarillos,
Pedrito, tus calzoncillos?
¡Alguien se ha tirado un pedo:
huele a frijoles acedos!

¿No se rasura la axila
su comadre, Domitila?
¡No comas tanto, Rodrigo,
se te saltará el ombligo!

En la escuela reina Cisco
quien reparte puñetazos,
malas palabras, pellizcos,
y roba tortas o tazos.

Todos le tienen pavor
a su facha de gorila.
¡Hagan algo, por favor,
porque parece Godzila!

Se oye de pronto una voz
emplumada y socarrona:
—Te consideras feroz
pero eres una mona.

Cisco se ha puesto rojo
y los dos labios se muerde
al ver con sus propios ojos
a un pobre perico verde.

—Apretaré tu pescuezo
y haré un guisado muy rico.
¡Con tus plumas y tus huesos
tendré caldo de perico!

Pero el perico se esfuma
y se marcha hacia su casa.
No ha quedado ni una pluma
y Cisco esta vez fracasa.

Durante esa misma tarde
lo secuestra sin respaldo
y a su madre el muy cobarde
le pide convierta en caldo.

—¡Cómo tú ordenes, mi vida,
cubito de azúcar lindo!
¡Tendrás lista tu comida
con agua de tamarindo!

Cuando Cisco va a la mesa
y ve aquella crema verde
emplumada y muy espesa,
el labio gordo se muerde.

Con su postura educada
y un proceder elegante
se toma tres cucharadas
de aquel caldo repugnante.

El rencor contra aquella ave
lo hace tragar con esmero.
—¡Comeré todo aunque sabe
a vil sopa de plumero!

Su mamá casi confiesa
que al perico no ha guisado
porque le dijo: “Belleza”.
Y eso ya lo había olvidado.

—Es un perico galante
que mucha atención me brinda
cuyas rimas elegantes
me hicieron sentir muy linda.

Y así salvó su pellejo
el perico jaranero.
Más sabe el diablo por viejo
que el feroz por ser muy fiero.

Juguetes

Yo tuve un osito medio tuerto
que me ayudó a derrotar al miedo
que le tenía siempre a los muertos
porque me tocaban con sus dedos.

Alcé una magnífica espada
que venció a un ejército maldito
—prófugos de tumbas agrietadas—:
zombies con demasiado apetito.

Fui capitán de un barco pirata,
conocí los secretos de la luna,
de un sótano repleto de ratas
pude escapar apenas por fortuna.

¿A dónde van los íntimos juguetes?
Está desolado el escenario.
¿Todavía cabalgan mis jinetes?
¿Sufrió la extinción ese bestiario?

Zarpó un avión de mi mano un día
y se elevó tímido hacia el cielo.
Tal vez lo devoró la lejanía
o aún desgaja nubes en su vuelo.

¿El payaso de sonrisa roja
dónde deja caer sus carcajadas?
¿Tu muñeca en qué brazos se aloja
o su soledad sufre aterrada?

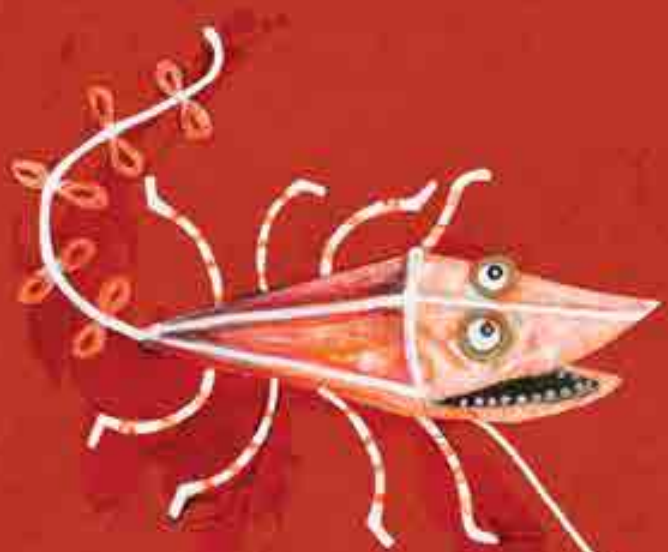
Lanzas altivas yacen en el suelo
y una legión de héroes mutilados.
Su derrota sería un gran consuelo:
su muerte es haber sido olvidados.

Para esta pregunta no hay respuesta:
¿en qué oscuro foso está cautivo
aquel niño cuya vida era una fiesta
y que en verdad me hacía sentir vivo?

Papalote

Yo tengo un papalote
que nunca ha alzado el vuelo.
Yace en tierra como un pájaro
al que le arrancaron las alas.
Es como un gusano temeroso
que repta por el suelo.
Como un ángel extraviado
que arrastra sus pasos
y teme a las alturas.

Da lástima, tristeza,
ver que ha perdido al fin
su sed de alzar el vuelo.
Rehén de la tierra,
ha echado raíces en el suelo.
Dice mamá que existe un cielo
cuya inmensidad es azul
donde zarpan nubes blancas
como navíos mar adentro.



Y que hay un sol, ella lo jura.
Yo tengo un papalote
que cada día se vuelve más terrestre.
Lo acaricio y elevo con mis manos
y algún impulso secreto
le viene a la memoria:
mueve la cola como único vestigio
del olvidado arte de volar.

Jaulas

El patio de la casa está lleno de jaulas
colgando de clavos o alcayatas.
Las hay de todos los tamaños,
para todas las especies
de pájaros que existen o ya no.
Para periquitos australianos,
canarios amarillos como el sol
—que aquí es siempre un fugitivo—,
jilgueros, cardenales rojos,
pericos parlanchines y groseros
y hasta elegantes codornices.
Pero todas las jaulas están solas.

Sus puertas abiertas se mantienen.
Mamá se pasa horas escuchando
el canto de los pájaros ausentes,
contemplando su aleteo invisible.
Ama su libertad, su fuga.
Le dice a papá que necesita
más pájaros y más jaulas
para abrirles la puerta
y dejarlos escapar.
Pero papá, molesto, dice:
—Chamaca, ya estuvo bueno.
Mira esas plumas, convéncete,

los que se fueron nunca volverán.
Mamá calla pero tiene la certeza
de que un hijo ausente
nunca la deja de habitar.
Frente a las puertas abiertas de la casa
escucha cautivada sus silencios,
y tímidas caen por su mejillas,
sus lágrimas, sin sollozos.

El mar

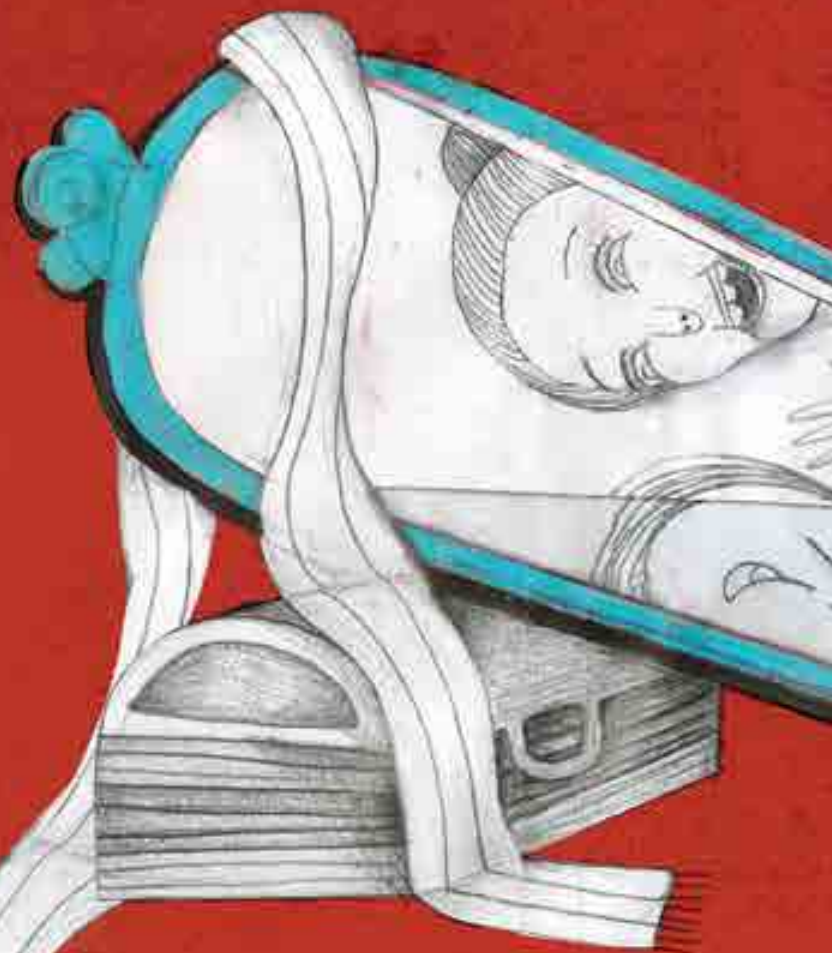
Mamá y la abuela platicaban
en la cocina, distraídas,
que el mar existe.
—Es extenso como el cielo
y la mirada no alcanza sus orillas.
Sobre la pared hay un cuadro
donde una ola se levanta
y amenaza caerle encima
a quien la mira.
Es una ola inmóvil, congelada,
que no deja nunca de caer,
un tigre a punto de atacar
a la presa que lo mira.
Ellas aseguran en voz baja
que el mar tiene la voz gruesa
como la de mi tío Chuy cuando se enoja.

Que te persigue con sus olas
como un niño que pega la roña
pero que a veces es dócil y te lame
los pies con cariño como el Boris.
Yo siempre extraño al mar
aunque no lo conozco.

Sobre el piano de la sala
hay un caracol muy calladito
que disimula su secreto.
En su interior se halla en reposo
un mar que prisionero lanza
sus olas contra sus paredes.
¿Quién metió al mar en ese ovillo?
En su cavidad pongo el oído
y escucho la marea que me llama.
Yo quisiera perderme en su materia
como una estrella que se hunde
lentamente
en sus aguas hasta que se apaga.

Espejo

En el tapanco de casa hay un espejo
que olvidaron cubrir con una sábana.
Es un espejo viejo, con estrías,
que no me reconoce.
Cada vez que me asomo a sus entrañas
me sonríe la cara de mi tío,
la mirada judicial de mi tía Pina,
el gesto arrepentido de mi abuelo
que se llamaba Eugenio,
los rencorosos ojos de mi abuela:
brasas
que nunca han de apagarse
o los párpados cerrados de mis muertos.



Ahí se encuentra abandonado
—en el cuarto donde se arrojan
las cosas que mamá
no se atreve a olvidar aún—,
solo,
como un anciano al que acompaña
tan sólo un televisor.

El espejo ha envejecido
sin mirar a nadie,
sin asirse a algún rostro casual
que le dé fugaz identidad.
Sólo recuerda borrosos rostros,
siluetas que no le dicen nada.
A veces por compasión
me paro frente a él
para que no se sienta solo,
para darle mi pequeña compañía
pero el espejo no me mira.
Y en su entraña sólo se refleja
un fantasma que suple mi existencia.

Escondidas

Yo era una niña triste
desde la partida de papá.
Al caer la tarde sobre el cerro
una voz gritó puntual:
—¡Juguemos a las escondidas!
Cuento hasta cien, ¡escóndanse!
Un estallido de niños
se esparció por todas partes.

—Vete, flaca, con tus huesos.
Yo gané el lugar primero.
—¡Cómo hueles a zorrillo!,
Beto dijo en el ropero.
Tito se escondió en el pozo
donde la luna dormía.
Lola se esfumó cubierta
por hojas del platanar.

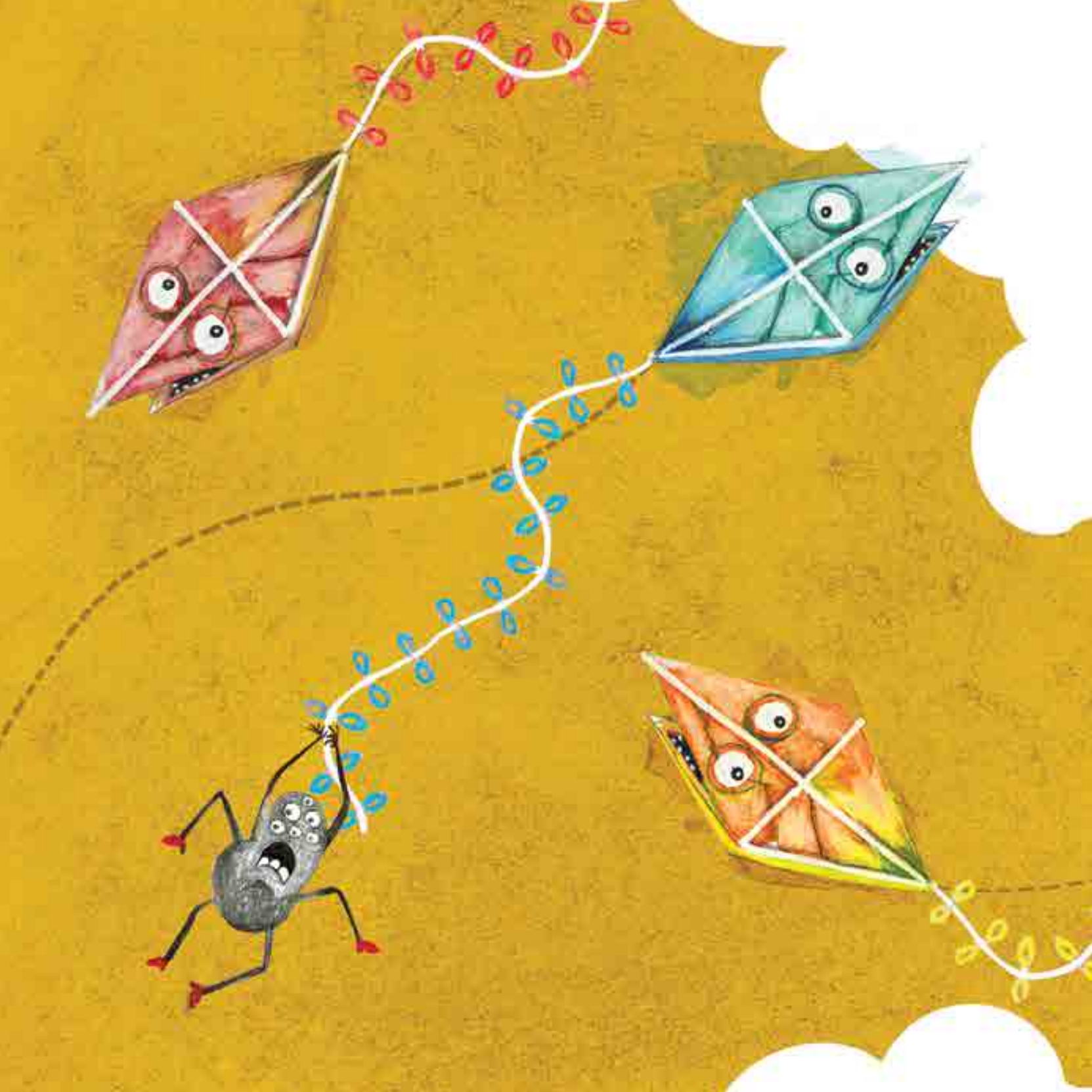
Meche era una fruta verde
colgando del naranjal.
—Noventa y nueve... ¡Cien!,
gritó cruel aquella voz
y empezó la cacería.
Yo me escondí en el maizal,
busqué un hoyo como un topo,
refugio bajo mis ojos.
Los elotes me sonrieron
con sus dientes blanquecinos
y sus bigotes tan lacios.

Uno a uno aquella voz
desgranó con cierto gozo
los nombres de mis hermanos.
Y después sólo el silencio.
Cruzó el cielo una lechuza.
Los ratones se asustaron.
Me interné aún más adentro.

Hacía rato que la luna
huérfano dejó al cielo
que goteaba oscuridad
sobre las casas y cerros.
Durante varios minutos
alguien gritaba mi nombre
hasta apagarse despacio,
como una flama, su voz.
No hallé mis pequeñas huellas
ni el camino de regreso.

Las luciérnagas
con su lento parpadeo
luchaban contra la noche.
El triste violín de un grillo
acompañaba a mi miedo.
Mis lágrimas reclamaban,
silenciosas, a mamá.
Una rana compasiva
quiso enseñarme a saltar.
Y en medio del maizal
alguien abrió sus brazos
para ofrecerme refugio.

Sonreí, con lágrimas en los ojos.
Me hallaron a medianoche
estrechando el cuerpo flaco
del raído espantapájaros
que portaba la camisa
hecha jiras de papá.



Índice

A la escuela 8

La tarea 10

Pedo 14

Secretos 16

Besos ensalivados 18

Maromas 20

El fantasma de mi abuelo 22

Capirotada 24

El globo 28
Changos 32
Teresona 30
Un menú exquisito 40
Un caldo emplumado y muy verdoso 46
El bicho interplanetario 42
El mar 56
Espejo 58

La reina de las ruinas 34

El fantasma desdichado 38

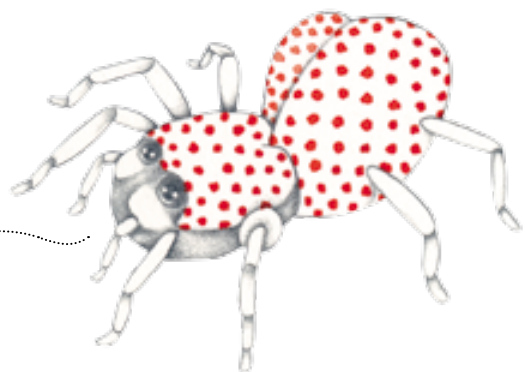
Lola 36

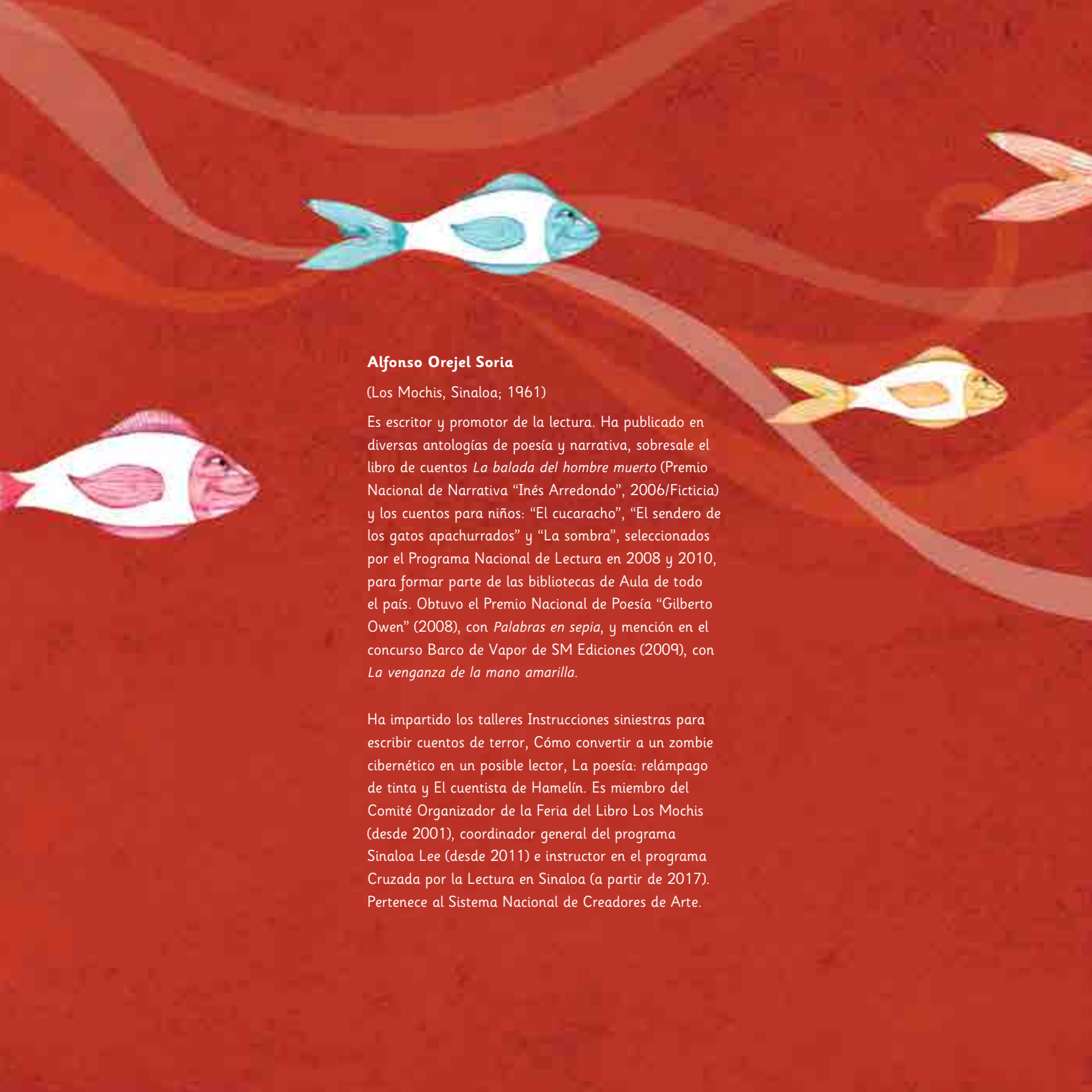
Juguetes 50

Jaulas 54

Papalote 52

Escondidas 60





Alfonso Orejel Soria

(Los Mochis, Sinaloa; 1961)

Es escritor y promotor de la lectura. Ha publicado en diversas antologías de poesía y narrativa, sobresale el libro de cuentos *La balada del hombre muerto* (Premio Nacional de Narrativa "Inés Arredondo", 2006/Ficticia) y los cuentos para niños: "El cucaracho", "El sendero de los gatos apachurrados" y "La sombra", seleccionados por el Programa Nacional de Lectura en 2008 y 2010, para formar parte de las bibliotecas de Aula de todo el país. Obtuvo el Premio Nacional de Poesía "Gilberto Owen" (2008), con *Palabras en sepia*, y mención en el concurso Barco de Vapor de SM Ediciones (2009), con *La venganza de la mano amarilla*.

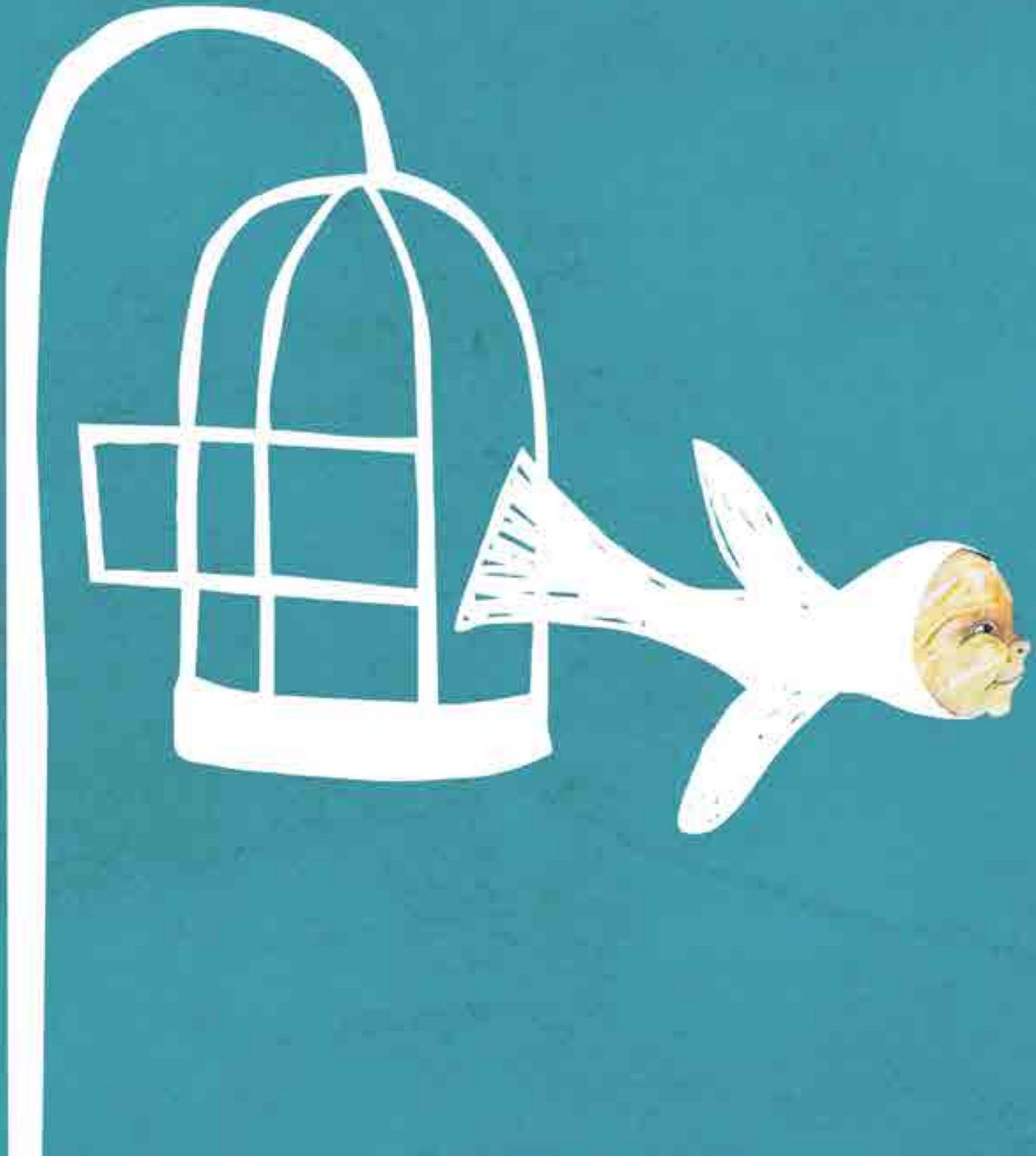
Ha impartido los talleres Instrucciones siniestras para escribir cuentos de terror, Cómo convertir a un zombie cibernético en un posible lector, La poesía: relámpago de tinta y El cuentista de Hamelín. Es miembro del Comité Organizador de la Feria del Libro Los Mochis (desde 2001), coordinador general del programa Sinaloa Lee (desde 2011) e instructor en el programa Cruzada por la Lectura en Sinaloa (a partir de 2017). Pertenece al Sistema Nacional de Creadores de Arte.

Irma Bastida Herrera

Siempre ha tenido las orejas muy grandes; en ellas, desde pequeña, guarda las historias que sus papás le cuentan; ahí también almacena las letras favoritas de escritores y músicos. Con el tiempo ha desarrollado cierta habilidad que le permite traducir en imágenes las palabras de poetas, narradores y ensayistas que luego acomoda en libros para chicos y grandes. Cuentan por ahí que en 2013 recibió el reconocimiento Golden Apple de la Bienal de Ilustración de Bratislava por el libro *La lectura. Elogio del libro y alabanza del placer de leer*, de Juan Domingo Argüelles. Parte de su obra se encuentra en http://ibasther.blogspot.com

Ricardo García Trejo

Entre trazo y trazo pasa la vida este muchacho; se divierte entintando las historias que otros le cuentan para iluminarlas con fantasía. Es diseñador gráfico por la Universidad del Valle de Toluca. Actualmente diseña e ilustra libros para el Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal. Entre sus trabajos como ilustrador destacan *Sharash y el regalo de Federico, El origen del Estado de México, Todos los cambios y Siete cuentos imagirantes*; así como *El libro de los fantasmas y La cantimplora dorada*, en colaboración con otros ilustradores.



Manantial de carcajadas, de Alfonso Orejel Soria, se terminó de imprimir en noviembre de 2018, en los talleres gráficos de Diseño e Impresión, S. A. de C. V., ubicados en oficina de ventas Otumba núms. 501-201, colonia Sor Juana Inés de la Cruz, en Toluca, Estado de México, C. P. 50040. El tiraje consta de 2 mil ejemplares. Para su formación se usó la familia tipográfica Sassoon Infant, de Rosemary Sassoon, de la fundidora Monotype Corp. Concepto editorial: Félix Suárez, Hugo Ortíz y Rocío Solís Cuevas. Formación, portada y supervisión en imprenta: Ricardo García Trejo e Irma Bastida Herrera. Cuidado de la edición: Cristina Baca Zapata y el autor.
Editor responsable: Félix Suárez.